

de la sección quirúrgica y el de la oreja rota que nadie había visto?

El rostro del policía entristeci6se de repente, y con voz poco firme respondi6 :

— No he adivinado nada, se6or marqués ; no he hecho m6s que acordarme...

Si ha llegado el momento de decirlo todo, estoy dispuesto...

En cuanto 6 la oreja del maniquí, no es extraño que nadie haya notado su ausencia antes que yo ; puesto que 6ste se hallaba intacto en el momento de abrir el ataúd, y que yo mismo, al palpar la cabeza, con movimiento premeditado, apoyé fuertemente contra aquel ap6ndice, para tener una prueba m6s antes de revelarlo todo...

— ¿Luego lo sabía usted antes de entrar aquí?

— Tenía muchas presunciones que se trocaron en certidumbre en cuanto se abri6 la caja de oro y ense6o su contenido.

Á fin de explicar 6 ustedes c6mo estaba desde hace mucho tiempo siguiendo la pista de este asunto, que no podía descubrir, por ignorar el nombre de la familia engañada, tengo que remontarme un poco lejos.

¡ Escuchen ustedes !

VI

LA DAMA ENMASCARADA

En 1726, es decir, en la 6poca de la muerte del conde Felipe, tenía tienda en la calle de la Ferronnerie, uno de esos empíricos que viven 6 expensas de los simples y los crédulos, 6 los cuales expendía muchas pomadas y ungüentos, infalibles, seg6n 6l, contra todos los males conocidos y por conocer que atacaban 6 nuestra pobre humanidad.

Á esa rama de comercio corriente, a6adía otra aunque m6s privada.

Ésta consistía en la venta de ciertos polvos cuya eficacia era mucho menos problemática.

Había polvos de 6stos destinados 6 dar fuerza y vigor de Hércules, 6 excitar extraordinariamente las facultades del cerebro, 6 provocar largos y crueles insomnios ; otros, por el contrario, 6 debilitar la energía vital hasta una debilidad extremada, 6 entorpecer la imagi-

nación hasta el punto de volverla absolutamente inerte, á producir un sueño casi letárgico y de tanta duración como se desease.

El secreto de esta última preparación venía de Indias, donde fué recogido en la familia de un faquir.

Las personas que le compraban su primer género de mercancías pertenecían á las clases más elevadas de la sociedad.

Por lo cual, no le sorprendía ver entrar á veces en su casa á alguna encopetada dama ó á algún caballero que, por razones que no le importaban, acudían á proveerse de tal ó cual de los ingredientes en cuestión.

Como sabía que dichos específicos no podían perjudicar, no experimentaba escrúpulo alguno al venderlos.

Una tarde, al caer el día, vió penetrar en su laboratorio á una mujer de aspecto elegante, cuyas facciones iban ocultas tras un antifaz de terciopelo negro.

En su figura esbelta y ondulosa, en la vivacidad de sus miradas que atravesaban como llamas las ojeras de su máscara, no costaba mucho reconocer que era joven.

Luego, la delicadeza de sus formas, que no habían llegado aún á su completo desarrollo, algunos de sus gestos y movimientos, que conservaban como un reflejo de la infancia, demostraron al alquimista que la dama acababa de traspasar el límite de la adolescencia.

Aunque algo extrañado de la visita de semejante parroquiana, cuyo objeto no se explicaba todavía — pues, generalmente, las personas que de su sexo reci-

bía, eran más bien de edad madura, — le ofreció sus servicios y le preguntó el motivo de su venida.

Antes de contestar, lanzó ella una rápida mirada en torno suyo, como si temiese á oídos indiscretos, después, segura de que estaba á solas con el dueño de la tienda, le dijo en tono muy bajo :

— Quisiera hablar á usted de un asunto de la mayor importancia ; ¿ tiene usted aquí cerca algún sitio aislado en que podamos hablar tranquilamente sin que nadie nos oiga ?

— En esta misma tienda, señora — repitió el empirico. — No tengo más que cerrarla, para quedar separados del resto de la humanidad.

— ¿ Está usted muy seguro ?

— Completamente...

— Entonces, dése prisa.

El hombre cerró su establecimiento y luego se puso á la disposición de la joven.

— He aquí de lo que se trata — continuó ésta, entrando en seguida en materia.

Un niño de una gran familia, en la cabeza del cual descansa una fortuna enorme, hace sombra á varias personas que codician esa fortuna y quieren apoderarse de ella á todo trance.

Para conseguir su objeto han decidido llegar hasta el crimen, es decir, á envenenar al niño.

La casualidad me ha hecho sorprender su siniestro proyecto, y he jurado impedir su ejecución, pues tengo gran cariño á ese niño con quien estoy en continuo contacto y cuyos juegos comparto.

De todos modos, como no me es posible oponerme abiertamente al deseo de los miserables, yo quisiera intentar conservarles la vida, previniendo el envenenamiento por una muerte ficticia.

¿Puede usted proporcionarme una sustancia, un brebaje cualquiera cuyos efectos simulen la muerte admirablemente? De ese modo me secundaría usted en mi buena acción.

El charlatán quedó asombrado de lo que oía.

No era del todo mal hombre, porque, varias veces, se había negado á vender, contra fuertes cantidades, su polvo de los faquires, cuyos efectos temía, pues aun no los había experimentado. Esta vez, trató también de abogar contra sus propios intereses y dijo :

— Pero, señora, ¿no le sería á usted mucho más sencillo acudir al teniente de policía y revelarles el complot? De ese modo pondría usted á su protegido bajo su salvaguardia.

— Desgraciadamente no se puede, pues de lo contrario, ya lo hubiera yo hecho.

Las personas que intervienen son de condición tan elevada que nada podría contra ellas la policía... y mi denuncia no tendría otro resultado que el crearme enemigos implacables que, probablemente, me harían sufrir la suerte del niño, sin que éste se salvase por eso.

El empírico estaba muy al corriente de las cosas de la época para no reconocer la verdad de aquellas palabras. En efecto, varias veces había oído hablar de crímenes parecidos que habían quedado impunes á causa de la elevada posición que ocupaban los culpables.

— Siendo así, señora, — continuó, juzgando que intentar un experimento para salvar una vida no era un crimen — siendo así, consiento ayudarle en su generosa empresa, y voy á darle unos polvos cuya virtud es sumir á los que los absorben, en un estado comatoso próximo á la muerte, tan próximo que el más hábil esculapio no deja de creer en una cesación completa de la vida...

Pero, voy á permitirme una observación; cuando el niño esté muerto, ó se le crea muerto, ¿cómo impedirá usted que lo entierren?

— Ya lo he pensado, y he aquí lo que se me ha ocurrido.

Cuando la Facultad haya declarado cadáver á mi amiguito, procuraré obtener — y obtendré — que se embalsame su cuerpo.

Luego, en el transcurso de esta operación, se le sustituirá por una efigie que se le parezca todo lo posible, y mientras dicha efigie se coloque en el ataúd, el niño será llevado á sitio seguro.

— Muy arriesgado me parece eso... ¿Y si se enteran de la superchería?

— No se enterarán. He combinado muy bien mi plan, que se lo voy á confiar á usted.

En primer lugar, usted será el embalsamador.

— ¿Yo?

— Sí; no puedo poner á dos personas en el secreto, y puesto que consiente usted en ayudarme, tiene que secundarme hasta el fin.

— ¿Pero cómo?

— Ahora va á verlo.

Consigo que el cadáver sea embalsamado. Como no se sabe adónde ir á buscar á alguien apto para ese trabajo tan especial, yo diré que conozco un industrial que acostumbra encargarse de tan fúnebres tareas, y corro en busca de usted.

Previamente, usted se habrá proporcionado, merced á un artista hábil y que tendrá que ignorar el destino que se reserva á su obra, una estatuita exactamente del mismo tamaño y del mismo peso que el pequeño cadáver, y cuyo parecido se sacará de su busto en mármol hecho hace tres meses, busto que yo le traeré mañana mismo, dándole todas las medidas é indicaciones necesarias para guiar á dicho artista; además, usted colocará la efigie en una caja de sus dimensiones.

El día en que yo venga á reclamar su ministerio, coge usted la caja, que diremos que contiene sus aromas é instrumentos, y se presenta conmigo para proceder al embalsamamiento.

Una vez en presencia del cuerpo, suplica usted que le dejen solo para que no le interrumpen en su operación, y aprovecha de ese momento de aislamiento para efectuar la sustitución. Yo estaré allí para cuidar de que nadie le observe ni le oiga.

Después, y muy naturalmente, se retira usted, llevándose al niño dormido, y lo deja en su casa, adonde yo iré á recogerlo al día siguiente... Lo demás corre de mi cuenta.

Ahora bien, como un servicio de este género debe

estar remunerado en consecuencia, he aquí ya la mitad de lo que se le debe. — Y al decir esto, la dama colocó en manos del charlatán una bolsa llena de oro.

Lo continente valía por lo menos tanto como lo contenido, porque era de rico trabajo y de exquisita finura.

De esa bolsa de filigrana habían sido arrancadas dos iniciales enlazadas y una corona; el hombre lo conoció en seguida en las líneas más brillantes del metal.

Ni el rápido examen del momento ni un estudio más detenido después, le permitieron ver á qué grado de nobleza correspondía la corona extraída; pero las dos iniciales eran seguramente una E y una A.

— ¿Una E y una A, enlazadas bajo una corona? — preguntó la señora de Chaverny, interrumpiendo al policía. — ¡ Si sería la bolsa que te regalé al casarte con Enrique, Aurora!

¿ La tienes aún?

— No sé — repuso la condesa; — pero es probable que he debido de conservar preciosamente tan querido recuerdo de amistad.

Tras breve pausa, continuó Helouin:

— La otra mitad de su recompensa — añadió la dama — le será entregada cuando yo venga á recoger al niño.

Tal vez no hubiera podido decidir ese argumento al charlatán; pero se figuró tener que desempeñar, en provecho suyo, un papel providencial en un asunto tenebroso, y prometió someterse en todo á sus instrucciones.

Al día siguiente, como ya había advertido, su cliente

le llevó el busto del niño y le dió los datos necesarios para la fabricación de la efigie proyectada.

Entonces él fué á ver á un amigo suyo escultor, muy ducho en su arte, quien mediante una mezcla de cera y cemento, le modeló una estatuita de perfecto parecido á la cual se esforzó en darle color de carne muerta, cuando la tuvo en su domicilio, y lo consiguió tan bien que parecia un verdadero cadáver.

Sólo una cosa le causaba alguna aprensión : las proporciones de la estatua le parecían no ser de rigurosa exactitud, en cuanto al busto.

Sobre todo la cabeza era visiblemente menor que la del modelo.

Mas creyó que ese ligero defecto pasaria inadvertido, y no se volvió á preocupar.

Confiando, pues, esperó una nueva visita de la joven.

Pero no la vió sino quince días después, y, como la primera vez, á la hora del crepúsculo.

Iba también enmascarada.

— ¿Está hecho? — preguntó apenas hubo entrado.
— Sus polvos han obrado maravillosamente ; y no tiene usted más que llevar el niño ; le están aguardando para embalsamarlo.

Ahora bien — añadió la dama, — aunque su complicidad me responde de su discreción, tengo interés en que usted ignore el lugar adonde va á ir, para lo cual voy á ponerle una venda en los ojos hasta el momento en que crea yo debérsela quitar.

Tal formalidad importaba poco al hombre, que se sometió de buen grado.

Subió entonces con su conductora á una litera, é hizo largo trayecto en su compañía.

Como es natural habíase provisto de la caja que contenía el sosías fabricado.

Al cabo de una hora de marcha, la dama mandó parar, y, cogiéndolo de una mano, le sirvió de guía.

Parecióle á él que entraba primero en un gran jardín, pues percibía oleadas de perfumes de plantas y verduras.

Luego subió por una escalera, recorrió varias habitaciones cuyo suelo adquiría sonoridad bajo sus pasos, y, en fin, llegó á un cuarto en que le quitaron la venda.

Hallábase en plena oscuridad, ante una puerta por cuya rendija pasaba un débil rayo de luz.

Su conductora había desaparecido.

Mientras él permanecía allí, intrigado y preguntándose lo que debía hacer, vino un criado con una antorcha, abrió la puerta y le introdujo en un cuarto, donde, en una cama, yacía el cuerpo del niño.

Á su lado había varias personas.

Como había quedado convenido entre la dama y él, suplicó que lo dejaran solo para ejecutar su tarea, y así que se hubo asegurado de que ningún testigo le espía, procedió á la sustitución convenida.

Por exceso de precaución, para que las gentes encargadas de la inhumación no tuvieran que tocar y enterarse así del subterfugio, colocó él mismo la estatua en un pequeño ataúd ya preparado, ataúd cuya madera así como también el color le sorprendieron y que él tomó por cobre pulido.

Después abandonó el cuarto sin ser molestado.

En seguida volvió á tropezar con la dama enmascarada, que le puso otra vez la venda y le acompañó hasta su morada en la misma forma que de ella lo había sacado.

Aun no habían transcurrido veinticuatro horas, cuando aquélla se presentó por última vez para recoger al niño.

Al pobrecito le quedaba todavía un día por dormir; pero ya reaparecía en él la vida, y sus facciones empezaban á cubrirse de nuevo de un color rosado del mejor efecto.

La joven dió al empírico el complemento de la suma prometida y se marchó con su carga.

Desde aquel día, no he vuelto á ver á la mujer de la careta de terciopelo ni he sabido lo que fué del niño...

— ¡Cómo!... ¿era usted? — exclamaron á una Chaverny, la marquesa y Cocardasse.

— Era yo... y he aquí la bolsa que la tentadora me entregó en su primera visita.

Helouin dejó al mismo tiempo sobre la mesa una bolsita de filigrana de oro.

— ¡ Ah ! ¡ pues es mi regalo ! — exclamó la marquesa examinándola. — ¿ Quién, pues, ha podido cogértela, Aurora, ó á quién pudiste tú dársela ?

— En esta chimenea — dijo el policía, — está el busto que me llevaron para servir de modelo á la estatua.

Lo reconozco, como reconozco también todos los objetos que me rodean...

Este es el cuarto en que yo penetré hace quince años, y de donde salí con el supuesto cadáver.

Aterrada, la condesa creía ser víctima de horrorosa pesadilla.

— ¡ Qué espantosa maquinación ! — exclamó ; — ¿ y con qué objeto la urdieron ? Yo me pierdo... ¿ Quién es esa mujer de que usted hablaba... esa mujer de la bolsa ? No veo... no me doy cuenta... porque en torno mío no había sino personas fieles...

— ¿ Estás segura, querida Aurora ? — preguntó la marquesa.

— ¿ Qué quieres decir, Flor ?

— ¿ No era una extraña esa Bathilde Wendel ?

— ¡ Bathilde ! ¡ ella, tan buena, tan llena de atenciones !... no pienses...

— Sin embargo, es la única que ha podido cometer esa infamia.

— No, no, es imposible... además, repito, ¿ con qué objeto ?

— Escucha, Aurora ; siempre tuve una sospecha que no ha dejado de perseguirme.

Todos hemos notado, y principalmente yo, el exagerado cariño que tenías á esa muchacha que, en realidad, nó era nada tuya.

Habías llegado al extremo de no ver más que por ella, de no obrar sino según el impulso que de ella recibías, como si tu voluntad se hubiera aniquilado ante la suya.

En una palabra, sin notarlo tú, sufrías su verdadero dominio.

¿No habrás hecho entonces, para recompensar sus cuidados asiduos, su generoso afecto, como calificabas á su obsequioso servilismo...

— ¡Gran Dios! — interrumpió la condesa — tú me iluminas...

Lo había olvidado totalmente... Sí... ahora me acuerdo...

Un día, en efecto, no sé en qué momento de debilidad moral, como si hubiera sido impulsada por una potencia oculta, hice un testamento, por el cual, en caso en que muriésemos mi hijo y yo, legaba á Bathilde la tercera parte de mi fortuna...

— ¡La tercera! — exclamaron sobresaltados y estupefactos los concurrentes: — ¡Veinte millones!...

Y Helouin añadió por lo bajo:

— Me lo figuraba.

— Sí, lo confieso, era pura locura... y hoy me pregunto cómo habría perdido de ese modo el sentido...

— ¡Desgraciada!... Ahora nos lo explicamos todo.

— No lo comprendo... porque, en medio de todo, ese testamento no tenía valor alguno, estando yo en vida.

— Verdad es — replicó la marquesa; — pero una vez desaparecido el niño, esa muchacha contaría con los pocos días que, en aquella época, parecía que te quedaban de vida, para entrar en posesión del legado que en su favor habías hecho... y, tal vez, en caso necesario, hubiera ayudado ella á la naturaleza, demasiado lenta, á servir á sus tenebrosos deseos.

¿Quién sabe lo que hubiera ocurrido si no te hubiese apartado yo de ella estos quince últimos años?...

Muy á menudo quería ir á tu lado...

— Pero, de ser así, ¿por qué no mató realmente á Felipe?

— Porque, sin duda, á última hora, debió de retroceder ante tan horrible crimen, y porque pensaría que, muerto tu hijo, é pasando por muerto, ya estaba conseguido su objeto. Eso era lo esencial.

— ¡Qué miserable! quiero confundirla inmediatamente...

¡Que la llamen!

— Señora condesa — intervino Helouin, — ¿quiere usted permitirme que le dé un consejo?

— Hable usted.

— Hace mucho tiempo que me preocupa este raro asunto, y opino que es preferible, hasta nueva orden, dejar á esa persona en la ignorancia de lo que se acaba de descubrir.

— ¡Cómo! ¿Quiere usted que quede impune esa acción?

— Al contrario; que se aplace el castigo para que sea más severo.

Y esto, por dos razones.

En primer lugar, porque, suponiendo que ella sabe el lugar en donde se halla actualmente su hijo, no titubearía, por venganza ahora, en quitarle la vida; además, porque yo no puedo creer que haya procedido por iniciativa propia.

Según creo, ha debido de tener uno ó varios cómplices, de los cuales sólo ha sido ella instrumento... Y esos cómplices son los que debemos descubrir ante todo.

— ¿ En qué funda usted esa presunción ?

— Decirle á usted exactamente sobre qué, me sería bastante difícil ; porque no tengo ninguna prueba segura respecto de ello ; sin embargo, no por eso dejo de tener la convicción íntima de que estoy en lo cierto.

— El razonamiento de este señor, no carece de fundamento — aprobó la marquesa — y me siento muy inclinada á asociarme á él...

— Es, en efecto, muy extraño, que esa muchacha, que tenía diez y seis años á lo sumo, haya podido combinar sola un plan tan maquiavélico.

— Y cuanto más pienso, más claro voy viendo.

— Sí, creo que Bathilde ha debido de tener á alguien detrás de ella.

Lo que fué á contar al señor Helouin para conseguir de él una sustancia soporífica, debe tener parte de verdad. Le habían ordenado que hiciera perecer á tu hijo; pero, como te acabo de decir, no queriendo cargar su conciencia con tan horrible crimen, habrá usado esa estratagema de simular la muerte.

Te lo repito, lo esencial era que no existiese el conde Felipe, ya real, ya ficticiamente.

— Pero, si no la hago hablar, ¿ cómo voy á encontrar á mi hijo, que lloro desde hace tanto tiempo ? — imploró Aurora — que me diga dónde está, le perdono su crimen.

— Usted no piensa, señora — observó Helouin, — que debe de depender todavía de sus cómplices y que, por no resentirse con ellos, se negaría á hacerle á usted la menor revelación á este respecto.

— Naturalmente — dijo la señora de Chaverny. — Además, ¿ quieres que te confie otra idea que se me ocurre y que te demostrará que es más racional guardar todavía silencio ?

— ¿Cuál? — preguntó con ansiedad Aurora.

— El asesinato de que fué víctima tu marido.

— ¿Y qué?

— ¿Qué? Pues que, á mi parecer, debe de haber cierta correlación entre ese crimen y los acontecimientos que han seguido.

— ¿Qué me haces entrever?

— Lo que probablemente es.

— ¿Pero cómo estableces esa correlación?... porque yo... ya no entiendo... ¡me ahogo en ese océano de infamias! — gimió Aurora, apretándose las sienes con sus manos febriles.

— No podría yo establecer exactamente esa correlación, pues me falta el hilo conductor : de todos modos, diré como el señor Helouin, estoy íntimamente convencida de que existe.